

JOSÉ ANTONIO MARINA

es@lavanguardia.es



crear

CRECER

Escribo un libro que se titulará *Lo que los padres deben saber sobre el cerebro de su hijo*. No se trata de que todos se conviertan en neurólogos, sino de explicarles la trama oculta de esa tenaz aventura de crecer de la que son testigos. Desde el momento de la concepción comienza un dinamismo vertiginoso y persistente. En el periodo comprendido entre la 10.^a y la 26.^a semana de embarazo se producen la mayoría de las neuronas, lo que significa que el cerebro del feto genera estas células a un promedio de 250.000 por minuto. Después de la semana 28 se producirán muy pocas. De hecho, al nacer el

cerebro tiene un número de neuronas similar al de un cerebro adulto. Unos cien mil millones. Durante el primer año de vida, el cerebro humano cambia de manera espectacular. Aumentan rápidamente las conexiones entre neuronas, tanto que el cerebro del bebé tiene más conexiones que el cerebro adulto. Muchas de ellas no sobrevivirán. Sufren una drástica poda, determinada por los genes que el bebé hereda de los padres, y por las experiencias tempranas.

Deberíamos asistir con admiración a una aventura tan animosa, pasmarnos ante el coraje y la energía que se oculta detrás del aprendizaje de la marcha, o ante el violento conflicto planteado entre el sí y el no en el segundo año de la vida, que estalla en rabietas y cóleras. El niño lo tiene que aprender todo, o, más bien, casi todo porque cuando nace no es como una hoja de papel en blanco. Sabe muchas

cosas, aunque no sepa que las sabe. Tiene, por ejemplo, un eficaz sistema de evaluación. Gira la cabeza apartándola de un algodón que huele mal. Muestra respuestas positivas a los olores de plátano, fresa y vainilla, y reacciones negativas a los olores de huevos y pescados podridos. Es un pequeño gourmet. Siente preferencia por el habla maternal, por esa adaptación cordial que todos hacemos para hablar a los niños.

Desde que nacen, los niños son seres activos y selectivos, experimentan deseos y ocurrencias que provienen de ese cerebro en formación. A los cuatro meses se les despierta una gran curiosidad, quieren mirar y tocar. Ese va a ser uno de sus

EL NIÑO PROGRESA A LA VEZ POR DIVERSAS LÍNEAS: QUIERE ANDAR, HABLAR, ESTABLECER CONTACTO

grandes incentivos. El niño progresa simultáneamente por diversas líneas: quiere andar, hablar, establecer contacto. Tiene prisa. Cada actividad sigue más o menos una pauta común a todos los niños de todas las culturas. Hay un impulso obstinado por gatear, por sentarse, por ponerse de pie, por andar. El movimiento es su gran meta, su gran triunfo.

La otra obsesión es hablar: arrullos, gorjeos, balbuceos acompañados de risas, laleos, ocupan los primeros meses, hasta que al final del primer año comienza a formar sonidos nuevos. Los niños de todas las culturas balbucean igual. El lenguaje infantil es universal. Hay un esperanto del balbuceo.

No puede parar. Su yo ocurrenente –su cerebro– le impulsa a la acción. Brazelton describe un caso fácil de observar: “El niño puede encontrarse feliz sentado en su silla y de repente el deseo de andar se apodera de él. Se ve cómo su mirada cambia bruscamente, rechaza la comida o la tira, y quiere liberarse de la silla. Ponerse de pie y andar se han convertido en sus prioridades absolutas”.

Desde mi ventana veo un jardín donde acaban de salir a jugar los niños de una escuela infantil. Dejo la escritura, para observarles.■



Raúl